

HACIA LA UNIFICACIÓN

Joaquín Araújo

Una cultura que pretenda emascularse del paisaje siempre zozobra. Es más, puede estar a punto de irse a pique. En la dirección opuesta a las tendencias actuales, la plena incorporación, con todo derecho, del derredor a las consideraciones intelectuales lo que consigue es consolidar la viabilidad de cualquier proyecto. También en las demás actividades – científicas, comerciales, agrícolas o industriales. Nada levita sobre la piel del mundo, por mucho que demasiadas veces se pretenda que así sea. Algo que casi siempre se consigue por el expeditivo método de los avestruces, es decir ignorando que el peligro está aquí. Una amenaza que toma la forma de negación. Se ignora, en efecto, de donde viene y a donde va todo lo que necesitamos y todo lo que desechamos. Por una suerte de bendita maldición, y los antónimos son por completo intencionados, nos abruman unos cuantos cientos de definiciones y de proyectos de legislar con el paisaje como sujeto. Algo que podría demandar un intento de unificación. Pero me temo que debe ser tan difícil como el que nunca culminó Einstein. Por eso mismo me llega a la mente mi propia apuesta al respecto. La de que un paisaje es VIVIRLO. Sobre todo vivirlo con y no contra la vida. Quién sabe si lo que más unifica las teorías sea el llevarlas a la práctica. La salvación es usar el paisaje con serena presencia. Todo lo contrario de lo que realmente sucede, que es servirse de él como yunque de todos los desproporcionados martillazos, entre los que el desorden urbanístico es el más fuerte. Anda desbaratada incluso esa forma de uso del paisaje que podría regenerarlo. Me refiero a que la contemplación de lo que nos rodea, sin querer llevárnoslo a casa, es una de las mejores formas de sosegar y

sosegarlos. Por desgracia incluso el viaje de placer acaba por convertirse en una de las formas más activas de vaciar al paisaje de su esencia. De que se nos escape el tiempo de la comprensión y el disfrute por la gran trastienda de las prisas.

Los paisajes no sólo son manaderos abundantes de todo lo que necesitamos sino también, y ante todo, de lo completamente inútil y por tanto aún más necesario. Lo mantenía Francisco Giner de los Ríos, uno de los primeros en darse cuenta de que el paisaje es un bien cultural y, por tanto con un potencial extraordinariamente pedagógico.

Como, por otra parte, los servicios morales, intelectuales, educativos y en suma culturales del paisaje son un regalo, deben ser tenidos todavía más en consideración en cualquier apuesta por incrementar su protección. Con lo que podríamos estar esquivando otra de las perversas y dolorosas magnitudes de la sociedad de nuestro tiempo: la de que lo sin precio carece de interés. Legislar sobre el paisaje debe reconocer de alguna forma que lo esencial es prácticamente gratuito.

Con todo, atiborrados de pésimas dietas visuales, el gran desafío es que el paisaje, con todo el pasado a cuestas, sea considerado como la más completa terapia para enfrentarse a la mezquindad, la ignorancia y, por supuesto, la secuela de ambas que es la degradación de las fuentes de la vida y de todos nuestros recursos. Deberíamos ser capaces de que nuestra imaginación creadora fuera capaz de percatarse de que no estaba extraviado Lord Byron cuando escribió esta intensa transparencia ..” ¡Cuán a menudo olvidamos el tiempo todo al admirar a solas de la naturaleza el trono universal; sus bosques, sus selvas, sus montañas, la intensa respuesta de SU inteligencia a la NUESTRA!”